

ron dos mil pesetas y fueron revendidos cincuenta años después por una suma veinte veces mayor; las fantásticas batallas de luz de Turner; los cuadros de Rafael buscados por espacio de veinticinco años y los de los cuatro pintores predilectos de Inglaterra: Correggio, Poussino, Murillo y Claudio de Lorena.

Pero no hice más que marchas forzadas en el Museo de las Indias, en el de Soane, en el Naval, en el Colegio de Cirugía, donde se ve el esqueleto de la famosa enana siciliana Carolina Cracami, que podía sepultarse en un sombrero de copa, y el del gigante irlandés Byrne, que encendía la pipa, paseando por las calles, á los fumadores de los pisos primeros.

Pero la impresión que me durará más que ninguna fué la que me hizo la Cámara de los Comunes. Entré en ella sin saberlo (estaba vacía), miré y remiré y ni siquiera se me pasó por la imaginación que aquella fuese la Cámara. Una sala, pequeña al parecer, decorada con cierta magnificencia, llena de aristocrática elegancia, que recordaba el coro de una catedral, destinado á distinguidos canónigos, y que se prestaría perfectamente para un Congreso de

condesitas rubias vestidas de blanco. Cuando supe que era la Cámara de los Comunes, aquella Cámara donde resuena la sencilla y tranquila elocuencia de los primeros oradores del mundo, que se repite destrozada en sentencias presuntuosas y en citas pedantescas en los Parlamentos latinos, me incliné respetuosamente y pedí permiso para tocar el cetro (*the Mace*) con la punta de los dedos, esperando que me infundiese, si fuera posible, la virtud no latina de las discusiones pacíficas.

De las fatigosas visitas á los Museos y palacios, fui á descansar á los parques, á aquellos grandes oasis del *populoso desierto* de Londres, donde el alma se alegra al ver que el mundo no es todo casas y caminos de hierro; donde centenares de bellísimas damas, montadas en arrogantes corceles, pasean por caminos cuyo fin no se ve, y millares de niños corriendo por inmensos prados y alrededor de grandes lagos surcados por innumerables barquillas, os hacen pensar con gusto que la vida no es todo tráfico y fatiga; donde el verde risueño, la alegría de los semblantes y la melodía de la música italiana reaniman con un sentimiento de tierno deseo la querida imagen

de la patria, que volveréis á ver dentro de poco.

¡Oh, *Hyde Park*, *Regent's Park*, parque Victoria, parque de Greenwich, parque de Southwark, parque de Battersea, parque de Holanda, benéficos consuelos de mis melancolías, os doy las gracias y os saludo! Pienso con la misma gratitud en la colina del castillo de Windsor, en los bosquecillos de Eton, en los paseos de Richmond, en los jardines de Kew y en todos los amenos alrededores de Londres, donde me salvé del aburrimiento del domingo.

¡Ah! el que no ha visto á Londres en domingo no sabe lo que es el fastidio. Las puertas cerradas, atrancadas las ventanas, las calles desiertas, las plazas silenciosas; barrios enteros abandonados, donde se podría morir de hambre sin ser visto ni socorrido por nadie; una apariencia de ciudad deshabitada; un tedio infinito sobre todas las cosas; se diría que las estatuas dormitan y las casas se aburren, y se os abre la boca en tan anchos y largos bostezos, que os dan ganas de tentaros la cara á ver si se os ha dislocado la mandíbula.

Londres me parecía cada día más grande. En cualquiera dirección que cami-

nase, nunca llegaba, no digo á ver el fin, sino un asomo que lo anunciase. Al pasar por segunda vez por ciertos sitios, descubriría trozos de ciudad tan grandes como Florencia, que no descubrí la primera vez. Tan solo en los barrios de Westend, que era el que más frecuentaba, veía abrirse ante mí, como por encanto, calles inmensas que ni siquiera había visto en el plano. Me ponía en camino por la mañana, volvía á recorrer algunos sitios que había visto el día anterior y no los conocía; llegaba á un parque, donde me detenía á tomar aliento, y volvía otra vez al infinito laberinto de calles, á pie, en diligencia y en *cab*, haciendo una exclamación de estupor á la vuelta de cada esquina, como cuando se llega á la cima de un monte y se descubre de pronto un nuevo país. Aún tengo en la cabeza multitud de imágenes confusas, de encrucijadas llenas de gente del pueblo, grandes espacios solitarios y lejanías nebulosas, que no sé en qué parte de Londres ni en qué día las he vislumbrado, y que frecuentemente se confunden con las visiones de aquellas ciudades imaginarias que se aparecen en sueños.

La grandeza y la riqueza de Londres me

causaban á cada momento diferente impresión. A veces sentía rebajado mi amor propio de italiano, recordaba con despecho las mezquinas vanidades á que nos entregamos comparándonos sólo con nosotros mismos, y me propuse refutarlas con sarcasmo al volver á Italia; quisiera haber nacido inglés para tener derecho á medir con la vista de alto á abajo á los latinos. Otras veces, por el contrario, el espectáculo de la superioridad de este país me hacía sentir por el mío un afecto más vivo, mezclado de tierna compasión. ¿Acaso un hijo, pensaba yo, debe amar menos á su madre porque es pobre y enferma? En muchas ocasiones me parecía poco envidiable aquella grandeza. ¡Vanidad!—decía—¡vanidad! «¿Qué objeto tiene, preguntaba, como un pastor á Leopardi, todo este gran movimiento, esta inmensa agitación de hombres y de cosas?—¿Están éstos más contentos que nosotros?—¿Tienen riquezas! Pues bien, nosotros no tenemos niebla, y quizá un pobre diablo goce más de la vida al sol, que un rico en las tinieblas. ¿No hay aquí miserias y dolores infinitos?»

La pobre Italia me proporcionaba á veces satisfacciones de amor propio. Cuando

algún cortés compañero de carruaje sabía que yo era italiano, me lanzaba una mirada entre benévola y curiosa, como para buscar en mi semblante algo que respondiese á la vaga imagen de cosas bellas y vida feliz que despierta en todo extranjero el nombre de Italia; sentía vivo placer y veía en el cristal de la ventanilla de enfrente que mis ojos brillaban y mis mejillas se habían teñido de color de rosa.

*
* *

¡Pero qué lección de modestia es el viajar! ¡Qué estrecho aparece al que viaja el círculo de conocimientos é ideas en que vive habitualmente, y que, sin embargo, parece tan vasto en su casa, entre sus amigos y sus libros!—¡Ver que á lo menos la mitad de lo que constituye «el tesoro de instrucción» que hemos acopiado en tantos años de estudio y de observación, apenas tiene valor en el país extranjero donde nos encontramos! ¡Tocar con la mano que, en nuestra casa, cuando creíamos leer el libro del mundo, no leíamos más que una página; que mil cosas que nos parecían grandes, importantes y capaces de llenar el

orbe, son minucias de casa que no significan nada, fuera del dintel de la puerta! Á cada paso que se da en un país extranjero, se abre ante nuestros ojos como una brecha por donde vemos los abismos de nuestra ignorancia, de cuyo fondo sale una risa compasiva. Pero hay también momentos en que, por el contrario, el movimiento de ideas es tan rápido, que vemos, adivinamos y comprendemos con la prontitud del relámpago, muchas cosas que hasta entonces eran para nosotros desconocidas ú oscuras, y si aquella febril actividad mental durase siempre, seríamos hombres extraordinarios. ¡Qué grandes pinturas se hacen entonces y se pierden á la vuelta de la primera esquina!

*
*
*

Lo que más me admiró de Londres, después de su magnitud y su riqueza, es el orden. Aquella enorme ciudad es tan tranquila como una aldea de Holanda. Todas las funciones de su inmensa vida se verifican con la regularidad de un cronómetro. Un extranjero que apenas comprenda el francés, se arregla solo, sin perder ni un

minuto de tiempo. Las paredes y los carruajes, cubiertos de letreros infinitos, le guían constantemente, y á cada paso recibe uno una hoja impresa que le da un consejo ó una noticia útil. En cualquier parte de Londres que uno se pierda, no tiene más que andar en dirección del primer tren que vea pasar sobre los tejados; el tren lo conduce á una estación y las paredes de ésta le enseñan el camino de su casa. Un día subí á una diligencia, sin saber á dónde iba; me llevaron algunas millas fuera de Londres; bajé en una hostería del campo y me quedé solo. Ninguno de los que allí había comprendía una palabra de francés; no podía saber dónde estaba, ni siquiera cuándo la diligencia volvería á pasar.

La inquietud me punzaba algo. Di vueltas por un pueblecito de limpias casas y cuidados jardines, donde sólo encontré alguno que otro aristocrático joven á caballo, y no vi más que alguna que otra rubia cabeza de *miss* detrás de los cristales de la ventana; reinaba un silencio sepulcral. ¿Qué hacer? ¿Á dónde ir? De repente sentí un silbido que resonó en mi corazón como la voz de un amigo; me dirigí hacia

aquel lado, y á los quince minutos estaba en Londres.

La noche en Londres es muy triste para un extranjero. Tuve feroces momentos de *spleen*.

Habitado al fantástico esplendor de los *bulevares* de París, y á aquel gran movimiento festivo, las calles de Londres me parecían oscuras y melancólicas. Echaba de menos los cafés llenos de gente, las brillantes tiendas y aun los cuadros disolventes del *boulevard* Montmartre, olvidando la indignación que en mí despertaba la prostitución desvergonzada, triunfante y fulgurante, que pulula por todos lados. ¡Pero qué misterios encierran estos decaimientos y estas profundas tristezas que nos asaltan por la noche en una ciudad desconocida! Impresiones tan profundas, que á veces tenemos una cara que da compasión á los transeúntes. Pero, ¿por qué? se pregunta uno:—estás bien, tienes buenas noticias, no te falta dinero, eres libre, mañana por la mañana te divertirás, dentro de diez días volverás á estar en tu país, ¿por qué ese entrecejo de suicida?—¡Quién lo sabe! También yo, como el leproso de De Mais-tre, cuando veía pasar un matrimonio con

hijos, ama y niño de pecho, todos alegres y contentos, sentía una amarga envidia y volvía la cara hacia otro lado.

*
*
*

En Londres se puede obtener, por medio de recomendaciones, permiso para acompañar á la ronda nocturna de la Policía en aquellos lúgubres barrios donde horriguea el populacho de malhechores y mendigos, y penetrar en las covachas donde aquellos miserables pasan la noche por algunos céntimos. Tan solo de día paseé por aquellos barrios en medio de las casas donde van á atontarse los bebedores de opio, donde hay bailes obscenos á cinco céntimos la entrada, donde los aficionados al *box* van á ver vibrar los puños formidables que aplastan ojos y saltan dientes, donde se ven las mujeres con el cráneo machacado por los maridos borrachos, donde la meretriz consumida recibe los abrazos del ladrón manchado de sangre, donde la prostitución comienza en la niñez y continúa en la ancianidad, donde la ferocidad, la lascivia, la miseria se dan cita en las tinieblas, como asquerosos monstruos, y se

unen para enviar víctimas al Támesis, á los hospitales y al patíbulo; donde fermenta, en fin, la podredumbre de la gran ciudad, y donde Carlos Dickens iba á beber cerveza acompañado de su criado.

*
* *
*

La mañana más hermosa que pasé en Londres fué la última, que terminó con el más gracioso almuerzo cosmopolita que en mi vida había hecho hasta entonces.

Había subido á la torre de Wren—aquella torre famosa que recuerda un incendio de cuatrocientas sesenta calles y catorce mil casas;—de cuya cima se abraza de una ojeada el gran movimiento del puente de Londres y de todas las calles que tienen origen en la orilla izquierda del Támesis. Encontré en lo alto á cinco simpáticos jóvenes que charlaban alegremente, destrozando la lengua francesa (excepto uno de ellos), con la desenvoltura de mancebos de barbería; trabé conversación, y después de algunas palabras, supe con gran placer que uno era de Colonia, otro de Mánchester, otro de Harlem, otro de Guadalajara y el quinto de Lyon; así es que, comprendién-

dome á mí, el grupo representaba seis Naciones:

Alemania, Inglaterra, Holanda, España, Francia é Italia; tres pueblos latinos y otros tres del Norte: cuatro monarquías sanas y dos repúblicas enfermas (1).

Nos reímos porque el alemán y el holandés se habían encontrado allí momentos antes por casualidad y los otros tres se habían reunido del mismo modo el día anterior, y dándonos el grave tono de constituir una comisión internacional para cualquier *arbitraje*, fuimos á almorzar juntos. Exceptuando el español y un poco el italiano, todos los demás eran esponjas de cerveza; la mesa estuvo pronto cubierta de vasos vacíos y la conversación se hizo muy animada.

Los vapores de la cerveza habían adormecido los odios y los disentimientos políticos y despertado á la vez en los seis un sentimiento de amor universal, que estallaba en brindis ruidosos á la prosperidad y á la gloria de todas las Naciones, representadas, *aunque indignamente*, como decía

(1) A la sazón había República en España.—
(N. del T.)

el lionés, en aquel alegre Congreso que debiera servir de ejemplo á los Gobiernos.

Antes de aparecer la octava botella, la Alsacia estaba restituida; toda sombra de guerra por la cuestión de Roma, disipada; todos los carlistas desparramados en la frontera francesa, presos; y el Luxemburgo asegurado para siempre de las pretensiones de Alemania.

Después comenzaron á bailar sobre la mesa Guttenberg, Coster, Miguel Angel, Mendoza, Newton, el príncipe de Orange, Victor Hugo, y comenzó á caer sobre ellos una lluvia de estos adjetivos de *postres*, reforzados por un frago:

—¡Divino!...

—¡Inmenso!...

—¡Sublime!...

—¡Sobrehumano!

Luego, á medida que crecía la familiaridad, y á medida que cada uno hablaba de sus asuntos, salía:

—Yo soy negociante.

—Yo periodista.

—Yo pintor.

—Yo tengo... algunos bienes.

Nos preguntábamos mutuamente la edad y nos decíamos recíprocamente:

—Usted es un hermoso tipo alemán.

—Y usted es un hermoso tipo italiano...

Se asesinaba la lengua de los demás, y de cuando en cuando gritaba una voz:

—¡Pero aquí no se bebe!

Forjábanse grandes proyectos y se fijaban citas para el año siguiente en París, en Amsterdam, en Constantinopla, en tal calle, tal día y á tal hora, y hubo aquello de

—«Cuidado, que yo no faltaré...»

—«Escribidme.»

Y después un choque de vasos rebosando, al grito de:

—¡Viva la civilización!

*
*
*

Al medio día subí cerca de la torre de Londres, en un vapor que salía para Amberes.

La fabulosa grandeza de Londres no se ve más que subiendo ó bajando el Támesis; London-Bridge y la City desaparecen, si se comparan con el puerto, y empequeñece toda la ciudad de Londres.

Quando el buque se puso en marcha brillaba el sol y el aire era límpido. Entramos en medio de dos filas de grandes buques,

pasamos en algunos minutos el *dock* de Santa Catalina, que comprende el espacio que antes ocupaban doce mil habitantes y sirve de puerto á los buques que llegan de Alemania, de los Países Bajos, de Francia y de Suecia; dejamos atrás los *London-docks*, que contienen en sus dársenas trescientos buques de alto bordo y en sus almacenes doscientas mil toneladas de mercancías y dan trabajo á tres mil obreros de todos los países del mundo, y seguimos adelante rápidamente, casi rozando con los buques, los remolcadores, las barcazas y las naves de todas clases que van y vienen por el largo río. Durante algún tiempo el espectáculo no es extraordinario. Montones enormes y filas interminables de sacos, de toneles, de cajas y de embalajes amontonados en los muelles, en las orillas, en los diques y en las bocacalles; grandísimos muros de las afueras, muchas casas negras, y por todas partes humo de fábricas, movimiento de máquinas y trabajo de marineros y operarios.

Sólo cuando se llega á la gran vuelta del Támesis, se comienza á observar que hasta entonces nunca se había recorrido tan largo espacio por en medio de buques;

y dada la vuelta, se asombra uno de encontrar en la nueva dirección mástiles y velas hasta perderse de vista. Pero ya es otra cosa cuando se advierte que, más allá de estos mástiles y estas velas, detrás de los grandes muros que se extienden á lo largo de las dos orillas, hay otros bosques de palos juntos, profundos y confusos; á la izquierda, las grandes dársenas de los *docks* de las Indias Occidentales, que ocupan cien hectáreas de superficie; á la derecha, los cinco grandes *docks* «comerciales» y los *docks* de Surrey, que se extienden algunas millas tierra adentro. Ya no se navega entre dos filas de buques, sino entre dos filas de puertos, y la mirada no puede abarcar todo el espectáculo.

Pasados los *docks* comerciales, se prosigue algunas millas entre los *docks* menores, pero siempre entre bosques de mástiles, muros negros de almacenes tan grandes como ciudades, y montes de mercancías.

Se pasa por delante del glorioso hospital Greenwich y se da la vuelta á la isla de los Perros.

Ya llevamos dos horas de navegación; los buques empiezan á ser más raros, y aunque los almacenes, las fábricas y las

casas continúan sin interrupción en entrambas orillas, parece que ya se concluye el puerto. Damos un suspiro, tenemos necesidad de algún reposo, estábamos fatigados de admirar. Así seguimos otra hora más, pensando en Londres como en una ciudad ya lejana, y en el movimiento y en el ruido del puerto, como un espectáculo del día anterior, cuando hé aquí, á una vuelta del río, nuevas larguissimas filas de buques, nuevas florestas lejanas de palos y vergas, nuevos *docks* inmensos; otro puerto, otro espectáculo grandioso. Aquí la admiración se cambia en estupor y nos parece que soñamos.

Se diría que vamos á entrar en otro Londres.

Pasamos después al lado de los *docks* de las Indias Orientales, se costean los arsenales de Woolvich, se corre á lo largo de los *docks* Victoria, que se extienden tres millas á lo largo de la orilla izquierda y siempre adelante entre muros sin fin, naves sinnúmero, mercancías, máquinas, humo, silbidos, salidas, entradas, banderas de todos los pueblos del mundo, caras de todos colores, palabras de lenguas ignotas que llegan al oído desde los buques cerca-

nos, vestidos raros y gritos salvajes que traen á la imaginación playas y mares remotos.

*
* *

¡Tres horas dura este espectáculo! Por cansado que se esté, hay que admirar de nuevo.

La mente se exalta; no se experimenta el sentimiento casi de humillación que se sentía al principio comparando este país al propio; ya no se compara, se convierte uno en cosmopolita, el orgullo nacional se pierde en el orgullo humano; ya no se ve el puerto de Londres, sino el puerto de todos los países, el centro del comercio del mundo, el punto de reunión de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las zonas; y mientras los ojos miran, el pensamiento atraviesa los continentes y se representa las inmensas curvas descritas en el globo por aquellas miríadas de naves que se encuentran y se saludan, los infinitos peligros, y las infinitas fatigas, el eterno trabajo de la incansable humanidad, y parece que se conocen por primera vez las leyes de la vida del mundo.

*
* *

Entretanto, el buque vuela, el Támesis se ensancha, los bosques de palos semejan finas cañas en el horizonte ligeramente dorado por el sol Poniente, pero aún se suceden los *docks* á los *docks*, las dársenas á las dársenas, los almacenes á los almacenes, los arsenales á los arsenales. Londres, la gran Londres, está siempre allí; Londres nos sigue todavía, á las cuatro horas de navegación, á la derecha, á la izquierda, delante, hasta donde alcanza la vista, y se ve todavía con mezcla de duda y de temor la ciudad monstruosa que sin cesar trabaja y adelanta.



PARÍS